

POLITICA ESTADOUNIDENSE Y PROCESO REVOLUCIONARIO ¿HACIA LA INTERVENCION?

Tommy Sue Montgomery

RESUMEN

La autora analiza la política intervencionista de los EE.UU. en El Salvador, en la línea de artículo anterior (ECA, marzo-abril-1980). Hace una crítica al proyecto "ley y orden" propuesto al gobierno salvadoreño, como alternativa de solución a la crisis global del país. El plan de la fracción más derechista del ejército y de la DC es interpretado como una forma legalizada de represión por los militares y un fuerte apoyo a la "nueva" empresa privada que en el fondo es la misma oligarquía.

Califica de infructuosos los esfuerzos de los EE.UU. en tanto las opiniones de su Embajador White y otros oficiales diplomáticos en El Salvador han captado la antipatía de la izquierda y de la derecha, además de cierta desobediencia a sus "sugerencias" por las propias fuerzas armadas.

Resalta los continuos errores que cometen los EE.UU. con su ayuda abierta e incondicional a la Junta de Gobierno, tales como la presión que se pretendía ejercer sobre el Vaticano para la destitución de Monseñor Romero; el "monólogo" sostenido en Washington con dirigentes del FDR para llegar a un entendimiento, imponiendo la condición de marginar a los grupos de extrema izquierda; la publicidad desmedida sobre el proceso de reforma agraria, en franco retroceso, etc.

La autora califica de "problemas de ceguera política" a la desatinada intervención estadounidense en El Salvador. Opina que esta ceguera es producto de dos factores que en la actualidad podrían visualizarse así: 1.- El temor a perder su predominio en El Salvador en base a un esquema anti-comunista de "guerra fría" y 2.- Las próximas elecciones presidenciales, en las que el Presidente Carter no parece tener mucha oportunidad por los conflictos a que se ha visto sometido su gobierno, especialmente en la política internacional.

Concluye que, si su análisis es correcto, EE.UU. tendrá nuevamente un rotundo fracaso en esta área de América Latina. La autora fundamenta su análisis con entrevistas realizadas a miembros del ejército y gobierno salvadoreño, Embajada Norteamericana, personalidades de la política local, y citas textuales de documentos.

En un artículo previo (ECA, marzo-abril 1980) argüí que la política de los EE.UU. hacia El Salvador está condicionada por una ceguera ideológica, es decir, por una incapacidad de entender o aceptar hasta donde sea necesario cualquier cambio social que se salga de los límites de la democracia liberal (elecciones, partidos políticos y grupos de interés); una nueva mentalidad de guerra fría en Washington, exacerbada por la invasión rusa en Afganistán, acrecienta el temor de que El Salvador siga los pasos de Nicaragua en el camino revolucionario.

Sostenía que entre el golpe de octubre y la llegada del Embajador Robert White en marzo, la política estadounidense sufrió una contradicción entre las palabras y las acciones. Por una parte, la política oficial fue apoyar a la Junta y sus propuestas reformas. Por otra parte, la Embajada de los EE.UU. consistentemente socavó esa política, predicando la consigna de "ley y orden" al militar salvadoreño, lo cual fue interpretado por ellos como la aprobación de la actual política de represión y un muy fuerte apoyo a la empresa privada, lo cual en efecto significó respaldar a los elementos más conservadores e inefectivos entre la oligarquía y los grupos empresariales.

Con la intervención tendiente a prevenir un golpe de la extrema derecha, luego en febrero, y con la llegada subsiguiente de White, pareció que los norteamericanos, por fin, empezarían a respaldar sus palabras con hechos. Muy pronto, sin embargo, otra contradicción apareció.

La visión del Embajador White de que el mayor peligro para el gobierno salvadoreño era la violencia de la extrema derecha, no fue comunicada a los oficiales salvadoreños por James Cheek, su suplente. Héctor Dada Hirezi, quien renunció a su cargo en la Junta el 3 de marzo, debido fundamentalmente al fracaso de ésta en el control de la represión efectuada por las fuerzas de seguridad, y Rubén Zamora, quien renunció del Partido Demócrata Cristiano Salvadoreño junto con Dada y otros el 10 de marzo, han relatado una reunión que tuvo lugar en el último día de febrero, en la que estuvieron presentes los dos miembros democristianos de la Junta, otros miembros del Partido Demócrata Cristiano, Cheek y otro oficial de la Embajada Norteamericana.¹

Ambos han dicho que el tema principal que Cheek planteó en esa reunión fue la necesidad de crear "condiciones adecuadas" para una

"guerra contra-subversiva limpia" en El Salvador². Cheek sugirió reformar las leyes para proporcionar un soporte legal que permitiera a los militares mantener presos por tiempo indefinido, así como activar el entrenamiento del ejército salvadoreño por asistentes militares... presumiblemente norteamericanos. Cheek sugirió la ampliación de las leyes anti-subversivas como forma de respaldar la acción represiva de las fuerzas de seguridad. Una fuente, también presente en la reunión, y en concordancia con Dada, ha relatado que Mario Zamora, hermano de Rubén, y quien fuera asesinado por la derecha días después de la reunión, respondió a Cheek que ya existían en El Salvador leyes "bastante represivas". En otras palabras, el tema de Cheek giró alrededor de la necesidad de controlar a la izquierda, y no a la derecha. De acuerdo con Dada y Zamora, ninguna mención fue hecha en esa reunión acerca de la necesidad de detener la represión practicada por las fuerzas de seguridad.

Cheek recordó la reunión en forma diferente. En una entrevista ocurrida en julio, Cheek dijo que él abrió la reunión de febrero diciendo que se había reunido con el Alto Mando y les había hablado acerca de que tenían que emprender una "campaña limpia" y que ésta tenía que ser un "ataque en pinza". Tenía que ser una "acción militar limpia" contra la izquierda y la derecha y que los civiles tenían que tomar parte para no permitir "salidas militares".

Como ejemplo, Cheek mencionó en la entrevista el arresto de Juan Chacón en el mes de febrero último, y su posterior liberación tres días después, en un juicio civil, por falta de evidencias. El arresto de Juan Chacón fue resultado de la presión ejercida desde la Embajada Norteamericana para "usar otros recursos que no sean militares para combatir la subversión".

En la reunión con el Partido Demócrata Cristiano, en ese entonces, Cheek estaba tratando de convencerles a ellos de la necesidad de que se hicieran las reformas en el Código Penal Salvadoreño que fueran necesarias para permitir la persecución de personas como Chacón, y hacer que las Cortes trabajaran. Pero afirmó que "Héctor Dada y Rubén Zamora no estuvieron de acuerdo con esto".

Seguidamente a la liberación de Chacón, Cheek dijo que él no podía ir más allá con el ejército, e insistió en seguir con los procedimientos. "Yo estaba orgulloso de esta política", concluyó Cheek, "pero ellos tenían que dar su coopera-

ción”.

Este incidente, con sus conflictivas versiones, confirma el problema fundamental de la política norteamericana: su ceguera política.

Rubén Zamora ha enfatizado que los salvadoreños presentes en esa reunión entendieron perfectamente. Ellos también comprendieron que, en el contexto salvadoreño, lo que Cheek estaba demandando era imposible de lograr.³

Los asesores militares norteamericanos impulsaron la línea de “ley y orden” con los militares salvadoreños, en tal forma que nunca entendieron que eso estaba siendo interpretado como un respaldo a la política de represión; es así como tenemos una política oficial que demanda la creación o la reforma del Sistema Penal de Justicia que nunca se ha caracterizado en toda la historia salvadoreña como justicia. Y esperar tales reformas en un contexto político donde el poder real descansa en el militarismo, hace que tales demandas rayen en lo ridículo.

En su celo por levantar a la tambaleante Junta, otra contradicción apareció en las actitudes norteamericanas, esta vez contra la Iglesia y en especial contra el Arzobispo Arnulfo Romero. En una entrevista que tuvo lugar una semana antes de que el Arzobispo fuera asesinado, el Embajador White declaró su deseo de apoyar a la Arquidiócesis y al arzobispo; White sentía que la Iglesia era un actor fuerte y positivo en la vida política salvadoreña. El estaba, en términos generales, de acuerdo con la línea pastoral de Romero.

Pero estas expresiones positivas no se habían reflejado en otras actividades del gobierno de los EE.UU. con respecto a acciones percibidas por ambos gobiernos, salvadoreño y norteamericano, como formas de presión, aunque los oficiales del Departamento de Estado las describen como efecto de “opiniones divididas”.

La historia completa es posible que nunca sea conocida, pero hay una pequeña cuestión y es que los EE.UU. presentaron enérgicamente sus puntos de vista ante algunos oficiales del Vaticano, durante los primeros meses de 1980.

La versión más extrema es que los EE.UU. trataron de presionar al Vaticano para remover a Romero del Arzobispado. Esto es increíble: una variedad de personas dentro y fuera de la Iglesia concuerdan con un oficial del Departamento de Estado quien ha declarado que “cualquiera que sepa algo acerca de la Iglesia Católica sabe que



uno no se debe arriesgar presionando al Vaticano”.

Otra versión, más plausible, es la que dice que los EE.UU. hicieron saber al Vaticano sus deseos de que Romero bajara el tono de su predicación, haciéndolo más conciliatorio, y que dejara de oponerse a la asistencia militar norteamericana.

Cualquiera que haya sido la exacta naturaleza del mensaje norteamericano, es bien conocido que hubo intentos de influenciar a la Iglesia desde tres puntos diferentes: desde Robert Wagner (representante de Carter ante la Santa Sede), desde los funcionarios del Departamento de Estado y desde el Embajador Robert White, quien habló con la Delegación Papal en Washington mientras esperaba su confirmación. Esto fue conocido a través de una alta personalidad eclesiástica centroamericana en una reunión para el clero y laicos locales y foráneos, tenuta durante el último marzo en San Salvador.

Fuentes eclesiásticas también afirmaron que el Vaticano le dijo a Robert Wagner, o a la persona que habló por él, que los esfuerzos norteamericanos eran impropios y que la Iglesia no discutiría el tema con él. Estas mismas fuentes también afirman que hubo cierta insistencia sobre Wagner, o sobre quien lo sustituía, acerca de la sediciosidad de la predicación de Romero, con la sugerencia de que mientras Romero continuara con tal predicación, estaba fomentando la revolución.

Cualquiera que haya sido la naturaleza precisa del mensaje norteamericano, el Vaticano se sintió lo suficientemente aludido como para llamar a un representante de Romero a Roma. Allí este representante dijo que bajo ninguna circunstancia podría la Santa Sede imponerle a Romero lo que debía hacer, pero él persuadiría al Arzobispo de que su vida estaba en peligro.

Los oficiales norteamericanos sólo admitieron que estaban tratando de "interesar al Vaticano en América Latina, porque ha habido falta de interés" para comprometer al Vaticano en "El Salvador e incluso en Cuba, y hacer que éstos compartan nuestros puntos de vista". Un oficial ha descrito al Vaticano y a los EE.UU. como "dos superpoderes", y ha dicho que "seríamos remisos si no fuéramos un factor (que hiciera política) dentro del Vaticano". El mismo oficial reconoció que no sabía si la Santa Sede "intentó someter a Romero pero que, si lo intentó, no obtuvo resultados".

Desde la muerte de Romero el Departamento de Estado ha percibido "un cambio en el Arzobispado", principalmente en que el obispo Arturo Rivera y Damas, Administrador Apostólico, ha "dejado en claro que la Iglesia es la Iglesia de todos... lo cual significa hablarle a todos". La implicancia de la frase está en que había gente con la que el Arzobispo Romero declinaba hablar.⁴

La idea de que la Iglesia ha cambiado fue rechazada de plano por el más alto oficial de la Iglesia en San Salvador. En una carta escrita en el último abril, Ricardo Urioste, Vicario General de la Arquidiócesis, escribiendo a nombre propio y del obispo Rivera y Damas, denegó categóricamente que la posición de la Arquidiócesis hubiese cambiado:

Yo desearía (escribió) que no tuviera que ser necesario decirle que no es preciso preguntarnos acerca de cambios de actitud dentro de la Arquidiócesis. Por nuestra parte, el Evangelio, el Concilio, Medellín y Puebla no han cambiado y su correcta aplicación es siempre necesaria. Y, categóricamente, no queremos que ningún país proporcione armas a este país. Los pobres han sido y siempre serán los que son muertos por esas armas.⁵

Otra área en la que las promesas norteamericanas no se han cumplido es con respecto a las actitudes tomadas hacia las Organizaciones Populares.

Bajo la representación del Embajador Frank Devine la actitud prevaleciente hacia estas organizaciones y, en realidad, hacia toda la izquierda en general, fue el verlas como "terroristas", que "sólo quieren el poder y no los cambios". Robert White ha rechazado el categorizar a la izquierda como "terroristas" y ha hecho una distinción entre violencia de izquierda y violencia de derecha. La violencia de izquierda, ha dicho en una entrevista, "comienza como protesta legítima para conseguir un cambio", mientras que la violencia de derecha está dirigida a mantener el statu quo. En marcado contraste con respecto a su predecesor, White dijo que él podría recomendar al gobierno salvadoreño que estuviera en contacto con las organizaciones populares, especialmente con el Frente de Acción Popular Unificada (FAPU) y con el Bloque Popular Revolucionario (BPR).

Esta política fue nada más para respaldar las promesas que les habían hecho a los Demócratas Cristianos cuando se asociaron con el gobierno en enero: dialogar con la izquierda. Y el propio White expresó su voluntad de hablar con los líderes de las organizaciones populares. El estuvo haciendo esfuerzos verdaderos para lograr esto durante las tres primeras semanas que estuvo en El Salvador.

Pero la Junta nunca inició conversaciones con la izquierda y el Embajador White destruyó la pequeña credibilidad que se había labrado, cuando anunció (erróneamente) unos pocos días después del asesinato de Monseñor Romero, la muerte de Juan Chacón, Secretario General del BPR,⁶ y cuando luego respaldó la versión gubernamental acerca de la violencia que tuvo lugar en el funeral de Romero, una versión que le carga a la izquierda toda la responsabilidad.⁷

El Embajador norteamericano no ha hecho muchos amigos en ninguna parte del espectro político salvadoreño. Se ha echado en contra a la izquierda y a la derecha.⁸ Seguidamente al intento de golpe ensayado por el ala derechista el 1 de mayo, el Coronel Adolfo Majano, miembro de la Junta y Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas, ordenó el arresto del Mayor Roberto D'Abuisson, ex-oficial del ejército, y vocero de la extrema derecha, que junto con otros 22 conspiradores allegados habían intentado dar el golpe. D'Abuisson y sus cómplices fueron llevados a las celdas del Cuartel San Carlos, en San Salvador. Dos días después de su arresto un gran número de personas, estimado en 300, se congrega-

ron a las puertas de la residencia del Embajador White sitiándola y dejando prisionero a White dentro, durante el fin de semana. Demandaban que White usara su influencia para obtener la liberación de D'Abuissou y sus secuaces, detenidos en el San Carlos.

Después de tres días, temprano en la mañana, cuando sólo había 30 personas presentes, los marinos norteamericanos dispararon a los manifestantes bombas de gases lacrimógenos y White escapó en un convoy de tres vehículos, que tuvieron que romper una barricada que había sido levantada por los manifestantes (D'Abuissou fue liberado por el juez, en el límite legal de 72 horas, por no encontrarse evidencia... aunque una maleta con evidencias fue encontrada con el Mayor en el momento de su detención. White calificó la liberación de D'Abuissou como una "locura").

Los problemas de ceguera política y de comunicaciones se complicaron con otras dificultades, entre las que se cuentan como las más importantes la calidad y la cantidad de la información, de un lado, y qué hacer con ella, del otro. Que hay una escasez de información ha sido admitido por el Embajador White y por el Secretario Asistente Delegado, James Cheek. Cheek dijo a un grupo de líderes religiosos en el último marzo que "nuestra inteligencia en El Salvador es inadecuada".⁹ En seguida de su arribo a El Salvador, Robert White criticó el bajo nivel de información disponible dentro de la Embajada.

La carencia de información ha producido algunas interesantes y potencialmente desastrosas conclusiones. una de ellas, errónea de hecho, es la de que el Ministro de Defensa, García, no es realmente "un mal muchacho. El puede ser un poco demasiado ambicioso", ha dicho un oficial del Departamento de Estado con responsabilidad diaria en El Salvador. "Pero García no es realmente el problema". El real obstáculo para detener la represión, continuó, "es el Subsecretario de Defensa, Nicolás Carranza". El oficial no fundamentó qué le ha hecho sacar esa subrayable conclusión, pero está absolutamente equivocado. Carranza no es más que el Subsecretario de García, tanto de nombre como en los hechos. Aunque los dos aparecen frecuentemente juntos, especialmente en las reuniones secretas con la oligarquía, nadie en El Salvador, ya sea en el ejército, en el gobierno o en los círculos exteriores, duda de que es García quien dicta las órdenes.¹⁰

Otra conclusión, también error de interpretación, a la que algunos si no todos los oficiales norteamericanos han llegado, es que las organizaciones populares y la fuerzas guerrilleras están controladas por "una pequeña fracción extremista, terrorista, dogmática, totalitaria y marxista" dentro de las Fuerzas Populares de Liberación (FPL, aliado del BPR). Este grupo de acuerdo con el criterio prevalente entre ellos, no está interesado en cambios sociales o económicos en El Salvador, sino que sólo quieren imponer un "Estado totalitario marxista" que "hará que Cuba se vea como una democracia".

Esta conclusión es intrigante, pero esto es lo menos cuestionable. Cinco meses de investigación en el terreno y numerosas conversaciones dentro y fuera del país con miembros del Frente y de la DRU, no arrojaron ni una traza de evidencia que respalde tal conclusión. Más bien, la evidencia sugiere que el Frente de Acción Popular Unificada (FAPU), la organización popular más abierta, moderada e intelectual, ha tenido un importante efecto moderador sobre las otras organizaciones. Por ejemplo, el programa político propuesto por la Coordinadora en febrero fue producido en su mayoría por el FAPU. El FAPU ha mantenido por largo tiempo la posición de que podría ser impulsada una alianza entre los elementos moderados dentro del ejército, la clase media y la izquierda. En contraste, el BPR y las LP-28 han sostenido que el ejército es una institución que tendrá que ser destruida después de la revolución. En los comienzos de 1980 las posiciones del FAPU triunfaron sobre las del BPR y las de las LP-28.¹¹



Otra clara evidencia está presente en el pronunciamiento del Frente Democrático Revolucionario (FDR). Durante un foro que tuvo lugar en Washington D.C. en julio, Rubén Zamora, uno de los miembros del Comité Ejecutivo del FDR, habló acerca de la cuestión de quién controla el Frente. Dejando de lado el hecho de que nadie puede predecir el futuro, reveló que el FDR opera por consenso y no por voto mayoritario. Si hay desacuerdo, los miembros continúan discutiendo el tema hasta que se resuelva satisfactoriamente para todos. Esta no puede ser la característica de una organización que está siendo dirigida por un grupo grande o pequeño de fanáticos.

Una tercera creencia compartida por la mayoría, si no por todos los que hacen la política norteamericana, es que la Reforma Agraria ha tenido éxito en quitarle soporte a la izquierda. Un oficial gloriosamente le dio a su entrevistador una copia de un cable dirigido desde la Embajada en San Salvador, titulado "Campesinos de Cojutepeque piden asilo por temor a las Bandas Armadas". El cable decía que 400 campesinos habían ido a la "guarnición militar de Cojutepeque por temor a las invasiones perpetradas por grupos armados a quienes habían visto en el área hacía unas pocas horas. Unos 200 hombres armados", continúa el cable, "llegaron a sus comunidades en busca de miembros de la Organización Democrática Nacionalista (ORDEN) y de las patrullas cantonales".¹²

El oficial mostró esto como prueba (y sólo como un ejemplo) de que las guerrillas izquierdistas estaban aterrorizando a la población. Pero tal conclusión es muy simplista. En primer lugar, es sabido que ORDEN, la cual ha estado aterrorizando a los campesinos salvadoreños por más de una década, es muy fuerte en Cojutepeque. Segundo, es igualmente sabido que las guerrillas han estado matando selectivamente a miembros de ORDEN durante años (actos por los cuales ellos siempre toman responsabilidad).¹³ Tercero, es muy posible que muchos de los campesinos que buscaban refugio fueran miembros de ORDEN. Cuarto, no es sorprendente que el resto de los campesinos llegaran a la conclusión de que en una confrontación entre las guerrillas y ORDEN (y junto con las últimas, posiblemente las fuerzas de seguridad gubernamentales) la guarnición militar iba a ser más segura que su pueblo. (Es también importante conocer que, por lo general, el ejército no estuvo envuelto en la represión en el

campo sino hasta mayo. Es casi inconcebible, en contraste, que los campesinos hubieran ido a los cuarteles de la Guardia Nacional buscando refugio). Finalmente uno debe considerar la fuente, que fue una emisora radial en San Salvador. Las estaciones radiales salvadoreñas (con excepción de YSAX) sobresalen por las noticias erróneas que transmiten; uno debe considerar con escepticismo la realidad del acontecimiento.

Así, el simple hecho de que 400 campesinos buscaran refugio en los cuarteles del ejército no justifica automáticamente la simple conclusión de que las guerrillas están "aterrorizando" a la población rural. Hay muy pocos hechos "simples" en El Salvador hoy en día y la proclividad de los oficiales norteamericanos a llegar a fáciles u "obvias" conclusiones hace mal servicio a la política de los EE.UU. y al pueblo salvadoreño.

De forma más seria, el Departamento de Estado, durante el verano, recibió información de primera mano acerca de la Reforma Agraria que contravenía a los resplandecientes reportes de lo que estaba sucediendo.¹⁴ Estos reportes vinieron de Roy Prosterman quien, como Consultor fuera de nómina, es el norteamericano más estrechamente ligado a la Reforma Agraria promulgada en marzo y abril. Las visiones contravinientes llegaron de observadores que pasaron varias semanas en el campo, hablando con técnicos agricultores y campesinos, quienes manifestaron amplio respaldo a las organizaciones populares, gran temor a las fuerzas gubernamentales de seguridad, numerosas incidencias en que esas fuerzas entraron a las fincas y asesinaron a los campesinos elegidos como líderes y escepticismo acerca de que las reformas fueran genuinas y permanentes.

A despecho de esa información, los oficiales del Departamento de Estado, tanto en entrevistas como en informes públicos, continuaron sosteniendo que la Reforma Agraria estaba marchando.

Con la creencia de que la Reforma Agraria le había quitado respaldo a la izquierda, los oficiales norteamericanos nunca creyeron que la izquierda haya tenido un apoyo popular sustancial. A mediados de marzo un funcionario de la Embajada Norteamericana dijo que no había entre la población más que un 10% que apoyara a las organizaciones populares.

Con la formación del Frente Democrático, el 3 de abril, la única duda acerca de dónde estaba alineada la mayoría¹⁵ estaba en los gobiernos norteamericanos y salvadoreño y en el ala de-

recha salvadoreña. Un oficial norteamericano desestimó la importancia del Frente Democrático diciendo que su número y sus miembros no eran significativos. Similarmente fue dejado de lado el anuncio que hablaba de la unidad del Frente Democrático y la *Coordinadora*, que se produjo el 18 de abril. Ambos eventos fueron casi totalmente ignorados por la prensa norteamericana.

Esto refleja la tendencia a bloquear o minimizar toda información que no respalde los puntos de vista previamente formados. Así, para mencionar todavía otro ejemplo más, los oficiales norteamericanos aceptaron la versión oficial de que las organizaciones populares arruinaron el funeral del Arzobispo Romero, versión enfrentada con fuerte evidencia que la contra-venía.

Aparte de la ceguera ideológica y la mentalidad de guerra fría, hay por lo menos otros dos factores que deben tomarse en cuenta en la situación actual. Uno de ellos es que las carreras están en juego. Si William Bowdler, James Cheek y otros están equivocados, si ellos "pierden" El Salvador, como algunos piensan que Nicaragua fue "perdida", sus carreras están terminadas. Esto tiene el efecto de situarlos en una posición de la cual es muy difícil escapar.

Además de este problema personal, está el problema político que significa para la Administración Carter estar en el año de las elecciones. En el momento de escribir esto (fines de agosto), el presidente se enfrentaba a una oposición unida, el Partido Republicano, que tiene un candidato, Ronald Reagan, cuya visión de la política exterior recuerda el "Destino Manifiesto" y quien ocupaba un sustantivo liderazgo encabezando las listas.

Esto podría sugerir que la Administración Carter tiene un pequeño chance para proseguir sus política estatal y para considerar seriamente lo que algunos de los oficiales del Departamento de Estado estaban pensando con firmeza, acerca de la intervención militar en el último julio para prevenir lo que ellos han anticipado como no sólo otra Nicaragua, sino en "Estado totalitario marxista" que "haría parecer a Cuba como una democracia".

Durante el verano la Administración pareció proseguir en su política de apoyo inequívoco a la Junta. En julio William Bowdler, de acuerdo con la fuente del Departamento de Estado, invitó a algunas personalidades a la Embajada Norteamericana en San Salvador, con quienes él espe-

raba llegar a un acuerdo para que sirvieran de emisarios entre el gobierno y el FDR. El también les solicitó, durante esta reunión de dos horas, que apoyaran a la Junta y a la Guardia Nacional, cosa que ellos rechazaron. Mientras el resto de la conversación es desconocido, uno puede especular, basado en otras informaciones públicas, que los argumentos esgrimidos por las personas inquiridas por Bowdler pudieron haber sido las siguientes: "Aunque no estemos absolutamente claros en cuanto a la inevitabilidad de un enfrentamiento armado, la impotencia de la Junta, la desintegración del partido Demócrata Cristiano y el creciente aumento de la política salvaje de represión, nos hace imposible cooperar o apoyar a un gobierno que está matando a nuestro pueblo, tras una máscara de reformas".

El Secretario Asistente entonces retornó a Washington donde, de acuerdo con fuentes del Departamento de Estado, en una decisión de última hora, influido por el Embajador White, hizo una invitación a la delegación del FDR, presente en esa capital, para encontrarse con los altos oficiales de la Oficina para Asuntos Latinoamericanos. Poco es sabido acerca de la reunión, que fue por común acuerdo "no oficial". Aunque las fuentes del Departamento de Estado fueron reticentes, de todas maneras se supo que Bowdler, Cheek y otros dos oficiales dialogaron con la delegación por un buen tiempo. Uno puede asumir que Bowdler hizo la misma fundamentación en Washington que la que hizo en San Salvador, y que la delegación toda integrada por gente que ha servido en el gobierno siguiente al golpe de octubre, y que renunciaron el 3 de enero cuando los militares se rehusaron a poner alto a la represión, dieron esencialmente la misma respuesta que sus paisanos en San Salvador: ellos no podían cooperar con un gobierno que está deliberada y sistemáticamente matando a un gran número de ciudadanos inocentes.

De lo que es sabido de estos encuentros, así como de otras entrevistas, se puede percibir otra contradicción de la política norteamericana. De un lado, la política oficial es que el FDR "no tiene poder", no es viable y "no representa a la mayoría del pueblo salvadoreño". Por otro lado, los mismos oficiales obviamente ven que el FDR tiene un considerable poder y apoyo popular; de otro modo William Bowdler no hubiera pasado varias horas en San Salvador y en Washington tratando aparentemente de que algunos independientes y miembros del Frente apoyaran con los

hechos la política oficial norteamericana, concediendo con esto una cierta legitimidad al FDR al invitar a sus representantes al Departamento de Estado.

Si este análisis es correcto, supone que los EE.UU. están tratando de seguir la política que el año pasado falló en Nicaragua; esto es: William Bowdler, como jefe norteamericano en las negociaciones, trató de separar del Frente Amplio al Frente Sandinista de Liberación Nacional y, fracasando esto, trató de forzar el ensanchamiento de la base de la Junta de Reconstrucción Nacional, reduciendo así la influencia de los sandinistas. De la misma manera, los EE.UU. estaban intentando en julio y agosto resquebrajar al FDR y excluir a las organizaciones populares, así como trató de excluir a los sandinistas. Este análisis se apoya en el hecho de que dos horas antes de que el FDR llegara al Departamento de Estado, un Oficial que participaría en tal reunión le dijo a su entrevistadora que, si un miembro de las organizaciones populares hubiera sido parte de la delegación, tal invitación no hubiera sido extendida.

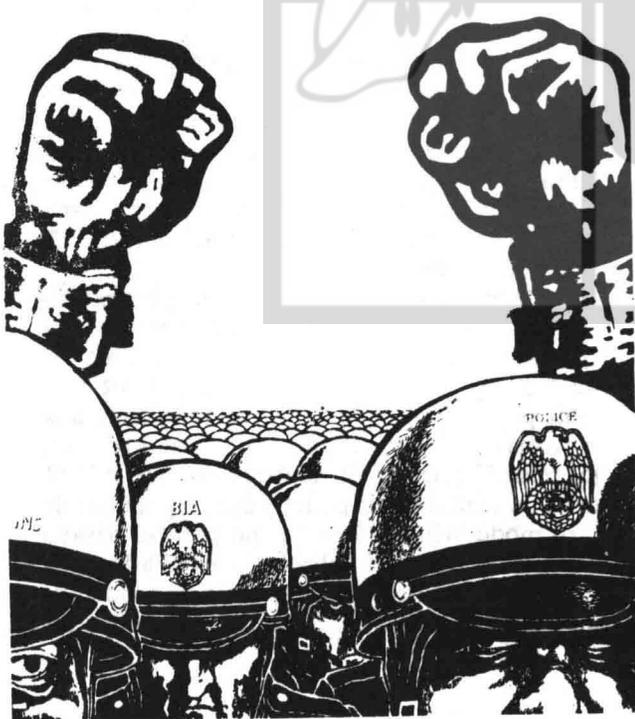
No se necesita una gran capacidad de imaginación para vislumbrar los resultados que arrojará el tratar de dividir al Frente: un gran fracaso otra vez.

En medio de numerosos reportes que hablan de los esfuerzos norteamericanos por encontrar apoyo a una "fuerza de paz" entre Costa Rica,

Venezuela y los países Miembros del Pacto Andino, la idea de la intervención permanece viva, mientras que altos oficiales del Departamento de Estado y de la Casa Blanca desechan la cuestión calificándola de "sin sentido" y como "pantalla" de la izquierda. Un oficial de la Casa Blanca con responsabilidad en Latinoamérica declaró que "una intervención militar es una medida que los cubanos han echado a rodar para poner el tema sobre la mesa. La pregunta más válida", continuó, "es en qué grado los cubanos intervienen apoyando al conflicto en El Salvador".

La realidad política en los EE.UU. es que los presidentes belicistas han sido históricamente dejados fuera de servicio. En 1972 Richard Nixon, esperando presentarse a sí mismo como "pacificador", visitó a su viejo enemigo, la China.

También su Secretario de Estado, Henry Kissinger, había anunciado en la víspera de la elección presidencial que "la paz está a la mano". Esto muestra un agudo contraste en relación a 1968, cuando Lyndon B. Johnson fue forzado a abdicar debido a la guerra en Viet-Nam. Luego, una semana antes de la elección, Hubert Humphrey lo encumbró en las listas en el momento en que indicaba una cierta flexibilidad con Viet-Nam y muchos creyeron que si él se hubiera mostrado flexible antes podría haber ganado.



RONALD REAGAN IN CALIFORNIA

El curso que ha seguido la política norteamericana desde el último verano permanece en duda. Acosados por lógicas contradicciones, los EE.UU. continuaron manteniendo un fuerte apoyo a la Junta, definiéndola como "la mejor posibilidad para un cambio moderado y pacífico en El Salvador".

Oficiales norteamericanos continuaron desechando la posibilidad de una intervención militar directa, y manteniendo mientras tanto a por lo menos 36 asesores militares contra-insurgentes en El Salvador.

En un comunicado enviado la tercera semana de agosto a todas las Embajadas Norteamericanas en América Latina, Warren Christopher, Subsecretario de Estado, dijo que no habrá una intervención militar en El Salvador ni en cualquier otro país latinoamericano, mientras el conflicto se mantenga en términos de guerra civil y no se produzcan ingerencias extranjeras. Al mismo tiempo, los EE.UU. estaban buscando apoyo para una "fuerza de paz" entre Costa Rica, Honduras y los países miembros del Pacto Andino.

Cogidos entre un irracional temor a la amenaza del "comunismo internacional" y atrapados por el total malentendimiento de los objetivos políticos y económicos del FDR, los EE.UU. iban en dirección de cometer un error más grande en El Salvador que el que cometieron en Nicaragua el año pasado.

Sandra Price, una monja norteamericana que fue arrestada por la Policía de Hacienda y liberada cuando el Embajador White apareció en el cuartel en el que estaba detenida, relató posteriormente una conversación mantenida con una Vice-Cónsul de la Embajada Norteamericana. La Vice-Cónsul dijo que esperaba que la monja regresaría y le diría a todo el mundo en los EE.UU. "que nosotros estamos tratando de crear un país justo" (en El Salvador). El paternalismo reflejado en este enunciado da un ejemplo más de la ceguera ideológica que aflige a la mayoría de los oficiales estadounidenses. Ellos no comprenden que la lucha por crear un "país justo" no es responsabilidad de los EE.UU., sino que es del pueblo salvadoreño que podrá apelar a sus propios técnicos, quienes son capaces de crearlo.

Es claro que la política de los EE.UU. en El Salvador, como en Nicaragua hace dos años y en América Latina desde la revolución cubana, ha tenido un objetivo principal: evitar otra revolu-

ción. Pero los EE.UU. no han aprendido una lección fundamental: "No podemos oponernos a la marcha de la historia", como ha dicho un prelado de la Iglesia salvadoreña.

Con la represión que continuaba su ascenso, la desmoralización y división en el ejército, y el FDR y la Dirección Revolucionaria Unificada (DRU) acumulando fortaleza y experiencia diariamente, la cuestión de la revolución no es "si sucederá" sino "cuándo sucederá".

Septiembre de 1980

NOTAS

- 1 Entrevista con Héctor Dada Hirezi, Cuernavaca, México, 22 de marzo de 1980. La otra razón que dio para su renuncia a la Junta fue que ésta había dejado de cumplir otra promesa hecha al momento de asumir funciones: dialogar con las organizaciones populares.
- 2 El mismo Cheek ha definido como "guerra contrasubversiva limpia" a una "guerra tan limpia como pueda hacerse. No se mata sumariamente a la gente; se toman prisioneros; no se tortura y no se matan inocentes". Entrevista en Washington, D.C., 29 de abril de 1980.
- 3 Entrevista con Rubén Zamora, México D.F., 18 de agosto de 1980.
- 4 Oscar Arnulfo Romero nunca se negó a hablar con nadie, excepto con el ex-presidente Humberto Romero, quien fue depuesto en el golpe del 15 de octubre de 1979. Carta de Monseñor Urioste, 28 de abril de 1980.
- 5 Ibid. Debe notarse que Monseñor Arturo Rivera y Damas no ha ido tan lejos como había ido Monseñor Romero en el momento de su muerte, al aceptar la necesidad del enfrentamiento armado. En una homilía efectuada (10 de agosto) Rivera y Damas dijo que él esperaba que la gente no fuera obligada a participar a la fuerza ni por temor en la próxima huelga.
- 6 Debe ser considerada la posibilidad de que White haya hecho esta declaración durante el discurso que dirigió a la Cámara de Comercio en San Salvador el 28 de marzo. La prensa salvadoreña y la norteamericana publicaron que White hizo este anuncio dentro de un contexto que sugería que estaba complacido por el evento. De hecho, White estaba criticando al ala derechista salvadoreña (cuyos integrantes son en gran parte empresarios) por contribuir a la atmósfera de violencia y asesinatos. Con respecto a este punto, él dijo que justamente durante ese último día tal asesinato había ocurrido.
- 7 La versión oficial fue que las organizaciones populares marcharon a la plaza adonde el funeral masivo había sido citado, arrojaron una bomba, y abrieron fuego sobre 100.000 personas reunidas en la plaza. El gobierno también dijo que todas las tropas habían sido confinadas a los cuarteles y que la izquierda tenía un plan para secuestrar el cuerpo del Arzobispo Romero y retener a todos los dignatarios eclesiásticos, quienes escaparon al interior de la Catedral milagrosamente. Esta versión fue refutada por 22 obispos, clérigos y religiosos protestantes y católicos en una declaración conjunta, y por el Arzobispo John Quinn de San Francisco,

quien emitió una declaración separada. Este grupo señaló que la delegación de izquierda había llegado pacíficamente y que había colocado una corona de flores próxima al ataúd, que nadie trató nunca de mantener rehenes dentro de la Catedral y que algunos integrantes del grupo habían visto a las fuerzas de seguridad en las calles, dentro y en los alrededores de San Salvador, desde la primeras horas de la mañana del día del funeral. Otros testigos oculares vieron a francotiradores en el techo del Palacio Nacional que está a un costado de la plaza. El Arzobispo Quinn notó que la primera bomba vino desde fuera hacia el lugar donde la delegación de las organizaciones populares estaba situada. "¿Debo yo creer", se preguntó, "que ellos se tiraron la bomba a sí mismos?"

- 8 Cuán reaccionario es este grupo y cuán completamente White los desconcertó, fue revelado en un encuentro que tuvo el Embajador con dos empresarios norteamericanos en una recepción que hubo poco después de su arribo a El Salvador. White puso en claro su punto de vista acerca de la necesidad de detener la violencia derechista en el país, de apoyar a la Junta y sus reformas y acerca de que la política norteamericana se oponía a tal violencia e intransigencia. Antes de que la tarde terminara, uno de los empresarios se dirigió a la guardia de seguridad de White y les dijo refiriéndose al Embajador: "Si yo en este momento tuviera un arma, le dispararía".
- 9 William L. Wipfler, "El Salvador: Reforms as Cover for Repression". *Christianity and Crisis*, Vol. 40, NO. 8, 12 de mayo de 1980, pág. 124.
- 10 Esta conclusión está basada en entrevistas con miembros del ejército, gobierno, Embajada Norteamericana y civiles, tanto como en conversaciones generales mantenidas durante un período de cinco meses. Entre las reuniones secretas celebradas por García, Carranza y oligarcas, hubo una cuyo objetivo era planear el asalto a la manifestación del 22 de enero.
- 11 El contacto entre la Coordinadora y los oficiales del ejército comenzó en febrero, aunque el FAPU había estado en contacto con algunos oficiales de dentro y fuera del ejército durante meses. La vacilación de los oficiales cuyas convicciones no favorecían las conversaciones finalmente dejó a esas conversaciones en punto muerto. Ya que los militares jóvenes no llegaron a actuar (o sea, no dieron un golpe) el 15 de mayo, la izquierda seguiría sola.
- 12 "Campesinos de Cojutepeque buscan refugio por temor a las bandas armadas". Telegrama no clasificado, Departamento de Estado, ARA 15, 14 de abril de 1980.
- 13 Por ejemplo, en un comunicado del 20 de mayo de 1980, las Fuerzas Populares de Liberación (FPL) anunciaron que sus miembros mataron a 40 integrantes de tropas gubernamentales y a 15 civiles derechistas, entre el 9 y el 19 de mayo. Las FPL, también aseveraron que los civiles eran miembros de ORDEN. Tampa Tribune, 22 de mayo de 1980.
- 14 Es importante entender que el apoyo norteamericano a la Reforma Agraria fue tan fuerte que la segunda fase, nacionalización de fincas de entre 100 y 500 hectáreas, fue promulgada el 27 de abril y la tercera fase lo fue el 8 de mayo. De acuerdo con reportes publicados, la Junta

implementó la fase III sobre la recomendación del American Institute for Free Labor Development (AIFLD) sin consultar a sus Ministros de Agricultura o de Planeamiento, los que renunciaron a sus cargos en protesta por haber sido excluidos del proceso de planificación y tener que actuar entonces sobre hechos consumados.

AIFLD es una agencia de la AFL-CIO, creada para poner a los líderes campesinos bajo el programa de la Alianza para el Progreso. El AIFLD llegó a El Salvador en 1965 con un contrato de la Agencia Internacional de Desarrollo (AID). Sostuvo seminarios a través de los años 60 y montó cooperativas en el campo salvadoreño, fundando además una organización campesina, la Unión Comunal Salvadoreña, en 1968. Fue expulsada de El Salvador en 1973, ya que el gobierno salvadoreño se oponía a su liderazgo. Volvió al país en junio de 1979, bajo estrictas limitaciones. Después del golpe de Estado de octubre trajo un gran número de su personal al país, instalándolos en dos pisos del Hotel Sheraton de San Salvador, y adquiriendo una línea telefónica directa con el Alto Mando. Roy Prosterman, director del programa del AIFLD, es conocido por el papel que cumplió en la pacificación agraria de Viet-Nam del Sur, en un programa denominado "La Tierra para el que la Trabaja". Ver "Carolyn Forché Philip Wheaton, Historia y Motivación de las Implicaciones Norteamericanas en el Control del Movimiento Campesino en El Salvador: el Rol de la AIFLD en el Proceso de Reforma Agraria 1970-1980". Washington D.C., EPI-CA, mayo de 1980.

- 15 Este juicio está basado en el conocimiento de los adherentes a las organizaciones populares y en promedios matemáticos extraídos de la manifestación del 22 de enero. Aunque el gobierno salvadoreño no pensó en esto, muchos observadores estimaron el tamaño de la manifestación en 200.000 personas. Teniendo en cuenta que la mitad de la población tiene menos de 14 años de edad y que la clase media cuenta con cerca de medio millón de personas, la demostración atrajo al diez por ciento de los adultos potencialmente activos en el orden político.

Si uno asume que cada manifestante representa a otros dos salvadoreños que no pudieron estar presentes, se puede decir que en el último enero por lo menos el treinta por ciento de la población apoyaba a la izquierda. Con la escalada de represión de los primeros días de marzo la izquierda atrajo a todavía más adherentes. Muchos refugiados, en su mayoría mujeres y niños, llegaron en avalancha a la sede administrativa de la Arquidiócesis cuatro días después de que el 6 de marzo fuera promulgada la Reforma Agraria. Sus hogares habían sido robados, saqueados y/o incendiados. Las madres y los niños asesinados a balazos en sus camas, sus animales sometidos a matanzas por las fuerzas de seguridad, frecuentemente acompañadas de miembros de ORDEN. Cuando fueron interrogadas acerca de dónde estaban todos los hombres, la respuesta fue unánime: "Se han ido a la montaña (a juntarse con las guerrillas)". En agosto llegaron a ser seis los centros de refugiados, con más de 1000 personas en el Arzobispado. Visitantes extranjeros obtenían la misma respuesta: "Se han ido a las montañas".